Imprimir

La guerra de Trump contra México y el mundo entero por la balanza de pagosMichael Hudson El camino al caos

En la década de 1940 se estrenaron varias películas con Bing Crosby y Bob Hope, empezando por *Camino a Singapur* en 1940. La trama era siempre similar. Bing y Bob, dos estafadores o cómicos parlanchines, se metían en un lío en algún país, y Bing se salía de él vendiendo a Bob como esclavo (Marruecos en 1942, donde Bing promete recomprarlo) o comprometiéndolo a ser sacrificado en alguna ceremonia pagana, y así sucesivamente. Bob siempre acepta el plan, y siempre hay un final feliz al estilo de Hollywood en el que escapan juntos, con Bing siempre consiguiendo a la chica.

En los últimos años hemos visto una serie de escenificaciones diplomáticas similares con Estados Unidos y Alemania (en representación de Europa en su conjunto). Podríamos llamarlo el *camino al caos*. Estados Unidos ha traicionado a Alemania al destruir Nord Stream, con el canciller alemán Olaf Scholtz (el desafortunado personaje de Bob Hope) dándole la razón, y con la presidenta de la Comisión Europea, Ursula von der Leyen, interpretando el papel de Dorothy Lamour (la chica, el premio de Bing en las películas de *La Ruta* de Hollywood) exigiendo que toda Europa aumente su gasto militar en la OTAN más allá de la demanda de Biden del 2 % hasta la escalada de Trump al 5 %. Para colmo, Europa va a imponer sanciones al comercio con Rusia y China, obligándolas a trasladar sus principales industrias a Estados Unidos.

Así que, a diferencia de las películas, esto no terminará con Estados Unidos corriendo a salvar a la crédula Alemania. En cambio, Alemania y Europa en su conjunto se convertirán en ofrendas sacrificiales en nuestro esfuerzo desesperado pero inútil por salvar al Imperio estadounidense. Aunque Alemania puede que no acabe inmediatamente con una población que emigre y se reduzca como Ucrania, su destrucción industrial está en marcha.

Trump dijo en el Foro Económico de Davos el 23 de enero: «Mi mensaje a todas las empresas del mundo es muy sencillo: vengan a fabricar su producto en Estados Unidos y les

ofreceremos uno de los impuestos más bajos de cualquier nación del mundo». De lo contrario, si continúan intentando producir en casa o en otros países, sus productos estarán sujetos a aranceles del 20 % que Trump ha amenazado con imponer.

Para Alemania esto significa (parafraseando): «Lo siento, sus precios de la energía se han cuadruplicado. Vengan a Estados Unidos y consíganlos a un precio casi tan bajo como el que pagaban a Rusia antes de que sus líderes electos nos dejaran cortar Nord Stream».

La gran pregunta es cuántos otros países serán tan tranquilos como Alemania cuando Trump cambie las reglas del juego: el orden basado en reglas de Estados Unidos. ¿En qué momento se alcanzará una masa crítica que cambie el orden mundial en su conjunto?

¿Puede haber un final de Hollywood para el caos que se avecina? La respuesta es no, y la clave está en el efecto sobre la balanza de pagos de los aranceles y las sanciones comerciales que Trump ha amenazado con imponer. Ni Trump ni sus asesores económicos comprenden el daño que su política amenaza con causar al desequilibrar radicalmente la balanza de pagos y los tipos de cambio en todo el mundo, haciendo inevitable una ruptura financiera.

La balanza de pagos y la restricción del tipo de cambio sobre la agresión arancelaria de Trump

Los dos primeros países a los que Trump amenazó fueron los socios estadounidenses del TLCAN, México y Canadá. Trump ha amenazado con aumentar los aranceles estadounidenses a las importaciones procedentes de ambos países en un 20 % si no obedecen sus exigencias políticas.

Ha amenazado a México de dos maneras. En primer lugar, con su programa de inmigración de exportación de inmigrantes ilegales y la concesión de permisos de trabajo de corta duración para que la mano de obra mexicana estacional trabaje en la agricultura y los servicios domésticos. Ha sugerido deportar a México la oleada de inmigrantes latinoamericanos, alegando que la mayoría han llegado a Estados Unidos a través de la

frontera mexicana a lo largo del Río Grande. Esto amenaza con imponer una enorme carga de bienestar social a México, que no tiene muro en su propia frontera sur.

También existe un fuerte coste de balanza de pagos para México y, de hecho, para otros países cuyos ciudadanos han buscado trabajo en Estados Unidos. Una importante fuente de dólares para estos países ha sido el dinero remitido por los trabajadores que envían a sus familias lo que pueden permitirse. Esta es una importante fuente de dólares para las familias de América Latina, Asia y otros países. La deportación de inmigrantes eliminará una fuente sustancial de ingresos que ha estado apoyando los tipos de cambio de sus monedas frente al dólar.

La imposición de un arancel del 20 % u otras barreras comerciales a México y otros países sería un golpe fatal para sus tipos de cambio al reducir el comercio de exportación que la política estadounidense promovió a partir del presidente Carter para promover una subcontratación del empleo estadounidense mediante el uso de mano de obra mexicana para mantener bajos los salarios estadounidenses. La creación del TLCAN bajo Bill Clinton dio lugar a una larga fila de plantas de ensamblaje de maquiladoras justo al sur de la frontera entre Estados Unidos y México, que emplean mano de obra mexicana con salarios bajos en líneas de montaje establecidas por empresas estadounidenses para ahorrar costes laborales. Los aranceles privarían abruptamente a México de los dólares recibidos para pagar pesos a esta fuerza laboral, y también aumentarían los costes para sus empresas matrices estadounidenses.

El resultado de estas dos políticas de Trump sería una caída en la fuente de dólares de México. Esto obligará a México a tomar una decisión: si acepta pasivamente estos términos, el tipo de cambio del peso se depreciará. Esto encarecerá las importaciones (cotizadas en dólares a nivel mundial) en términos de pesos, lo que provocará un aumento sustancial de la inflación interna. Alternativamente, México puede poner su economía en primer lugar y decir que la interrupción del comercio y los pagos causada por la acción arancelaria de Trump le impide pagar sus deudas en dólares a los tenedores de bonos.

En 1982, el impago de México de sus bonos tesobono denominados en dólares desencadenó la bomba de impagos de la deuda de América Latina. Los actos de Trump parecen estar forzando una repetición. En ese caso, la respuesta compensatoria de México sería suspender el pago de sus bonos en dólares estadounidenses.

Esto podría tener efectos de gran alcance, porque muchos otros países de América Latina y del Sur Global están experimentando una presión similar en su balanza de pagos y comercio internacional. El tipo de cambio del dólar ya se ha disparado frente a sus monedas como resultado de la subida de los tipos de interés por parte de la Reserva Federal, atrayendo fondos de inversión de Europa y otros países. Un dólar en alza significa un aumento de los precios de importación del petróleo y las materias primas denominados en dólares.

Canadá se enfrenta a una situación similar de restricción de la balanza de pagos. Su contrapartida a las plantas maquiladoras de México son sus plantas de piezas de automóvil en Windsor, al otro lado del río desde Detroit. En la década de 1970, los dos países acordaron el Pacto del Automóvil, que asignaba en qué plantas de montaje trabajarían en su producción conjunta de automóviles y camiones estadounidenses.

Bueno, «acordado» puede que no sea el verbo apropiado. Yo estaba en Ottawa en ese momento, y los funcionarios del gobierno estaban muy resentidos por haber sido los más perjudicados en el acuerdo automovilístico. Pero sigue vigente hoy, cincuenta años después, y sigue siendo un importante contribuyente a la balanza comercial de Canadá y, por lo tanto, al tipo de cambio de su dólar, que ya ha estado cayendo frente al de Estados Unidos.

Por supuesto, Canadá no es México. La idea de suspender el pago de sus bonos en dólares es impensable en un país dirigido en gran medida por sus bancos e intereses financieros. Pero las consecuencias políticas se sentirán en toda la política canadiense. Habrá un sentimiento antiamericano (siempre burbujeando bajo la superficie en Canadá) que debería acabar con la fantasía de Trump de convertir a Canadá en el estado número 51.

Los fundamentos morales implícitos del orden económico internacional

Hay un principio moral ilusorio básico en juego en las amenazas arancelarias y comerciales de Trump, y subyace en la amplia narrativa con la que Estados Unidos ha tratado de racionalizar su dominación unipolar de la economía mundial. Ese principio es la ilusión de reciprocidad que apoya una distribución mutua de beneficios y crecimiento, y en el vocabulario estadounidense se entrelaza con los valores democráticos y la charlatanería sobre los mercados libres que prometen estabilizadores automáticos bajo el sistema internacional patrocinado por Estados Unidos.

Los principios de reciprocidad y estabilidad fueron fundamentales en los argumentos económicos de John Maynard Keynes durante el debate a finales de la década de 1920 sobre la insistencia de Estados Unidos en que sus aliados europeos en tiempos de guerra pagaran las fuertes deudas por las armas compradas a Estados Unidos antes de su entrada formal en la guerra. Los aliados acordaron pagar imponiendo reparaciones alemanas para trasladar el coste al perdedor de la guerra. Pero las exigencias de Estados Unidos a sus aliados europeos, y a su vez de estos a Alemania, superaban con creces su capacidad de cumplimiento.

El problema fundamental, explicó Keynes, era que Estados Unidos estaba aumentando sus aranceles contra Alemania en respuesta a la depreciación de su moneda, y luego impuso el arancel Smoot-Hawley contra el resto del mundo. Eso impidió que Alemania ganara la moneda fuerte para pagar a los aliados, y que estos pagaran a Estados Unidos.

Para que el sistema financiero internacional de servicio de la deuda funcione, señaló Keynes, una nación acreedora tiene la obligación de proporcionar a los países deudores la oportunidad de recaudar el dinero para pagar mediante la exportación a la nación acreedora. De lo contrario, se producirá un colapso monetario y una austeridad paralizante para los deudores. Este principio básico debería estar en el centro de cualquier diseño de cómo debería organizarse la economía internacional con controles y equilibrios para evitar tal colapso.

Los opositores de Keynes —el monetarista antialemán francés Jacques Rueff y el defensor del comercio neoclásico Bertil Ohlin— repitieron el mismo argumento que David Ricardo expuso

en su testimonio de 1809-1810 ante el Comité de Bullion de Gran Bretaña. Afirmó que el pago de las deudas externas crea automáticamente un equilibrio en los pagos internacionales. Esta teoría económica basura proporcionó una lógica que sigue siendo el modelo básico de austeridad del FMI en la actualidad.

Según la fantasía de esta teoría, cuando el pago del servicio de la deuda reduce los precios y los salarios en el país que paga la deuda, aumentarán sus exportaciones al hacerlas menos costosas para los extranjeros. Y, supuestamente, el cobro del servicio de la deuda por parte de las naciones acreedoras se monetizará para aumentar sus propios precios (la Teoría Cuantitativa del Dinero), reduciendo sus exportaciones. Se supone que este cambio de precios continuará hasta que el país deudor que sufre una salida monetaria y austeridad sea capaz de exportar lo suficiente para poder pagar a sus acreedores extranjeros.

Pero Estados Unidos no permitió que las importaciones extranjeras compitieran con sus propios productores. Y para los deudores, el precio de la austeridad monetaria no fue una producción de exportación más competitiva, sino una perturbación y un caos económicos. El modelo de Ricardo y la teoría neoclásica estadounidense fueron simplemente una excusa para una política de línea dura con los acreedores. Los ajustes estructurales o la austeridad han sido devastadores para las economías y los gobiernos a los que se les han impuesto. La austeridad reduce la productividad y la producción.

En 1944, cuando Keynes intentaba resistirse a la demanda estadounidense de comercio exterior y sumisión monetaria en la conferencia de Bretton Woods, propuso el bancor, un acuerdo intergubernamental de balanza de pagos que exigía a las naciones acreedoras crónicas (a saber, Estados Unidos) que perdieran su acumulación de derechos financieros sobre los países deudores (como se convertiría Gran Bretaña). Ese sería el precio a pagar para evitar que el orden financiero internacional polarizara el mundo entre países acreedores y deudores. Los acreedores tenían que permitir que los deudores pagaran, o perderían sus derechos financieros de cobro.

Keynes, como se ha señalado anteriormente, también hizo hincapié en que si los acreedores

quieren cobrar, tienen que importar de los países deudores para que estos puedan pagar.

Se trataba de una política profundamente moral, y tenía la ventaja adicional de tener sentido desde el punto de vista económico. Permitiría a ambas partes prosperar, en lugar de que una nación acreedora prosperara mientras los países deudores sucumbían a la austeridad, lo que les impedía invertir en la modernización y el desarrollo de sus economías mediante el aumento del gasto social y de los niveles de vida.

Bajo Donald Trump, Estados Unidos está violando ese principio. No existe un acuerdo keynesiano tipo bancor, pero sí las duras realidades de su diplomacia unipolar, donde Estados Unidos es lo primero. Si México quiere salvar su economía de la austeridad, la inflación de precios, el desempleo y el caos social, tendrá que suspender el pago de sus deudas externas denominadas en dólares.

El mismo principio se aplica a otros países del Sur Global. Y si actúan juntos, tienen una posición moral para crear una narrativa realista e incluso inevitable de las condiciones previas para que funcione cualquier orden económico internacional estable.

Las circunstancias, por tanto, están obligando al mundo a romper con el orden financiero centrado en Estados Unidos. El tipo de cambio del dólar estadounidense se disparará a corto plazo como resultado de que Trump bloquee las importaciones con aranceles y sanciones comerciales. Este cambio en el tipo de cambio presionará a los países extranjeros que tienen deudas en dólares de la misma manera que se presionará a México y Canadá. Para protegerse, deben suspender el servicio de la deuda en dólares.

Esta respuesta a la sobrecarga de la deuda actual no se basa en el concepto de deudas odiosas. Va más allá de la crítica de que muchas de estas deudas y sus condiciones de pago no eran en interés de los países a los que se les impusieron estas deudas en primer lugar. Va más allá de la crítica de que los prestamistas deben tener cierta responsabilidad a la hora de juzgar la capacidad de pago de sus deudores, o sufrir pérdidas financieras si no lo han hecho.

El problema político del exceso de deuda en dólares del mundo es que Estados Unidos está

actuando de una manera que impide a los países deudores ganar el dinero para pagar las deudas externas denominadas en dólares estadounidenses. La política estadounidense plantea, por lo tanto, una amenaza para todos los acreedores que denominan sus deudas en dólares, al hacer que estas deudas sean prácticamente impagables sin destruir sus propias economías.

La suposición de la política estadounidense de que otros países no responderán a la agresión económica de Estados Unidos

¿Sabe Trump realmente lo que está haciendo? ¿O su política de descontrol simplemente está causando daños colaterales a otros países? Creo que lo que está en juego es una profunda y básica contradicción interna de la política estadounidense, similar a la de la diplomacia estadounidense en la década de 1920. Cuando Trump prometió a sus votantes que Estados Unidos debía ser el «ganador» en cualquier acuerdo comercial o financiero internacional, estaba declarando la guerra económica al resto del mundo.

Trump le está diciendo al resto del mundo que deben ser perdedores y aceptar el hecho amablemente como pago por la protección militar que brinda al mundo en caso de que Rusia pueda invadir Europa o China envíe su ejército a Taiwán, Japón u otros países. La fantasía es que Rusia tendría algo que ganar al tener que apoyar una economía europea en colapso, o que China decide competir militarmente en lugar de económicamente.

La arrogancia está presente en esta fantasía distópica. Como potencia hegemónica mundial, la diplomacia estadounidense rara vez tiene en cuenta cómo responderán los países extranjeros. La esencia de su arrogancia es suponer de manera simplista que los países se someterán pasivamente a las acciones de Estados Unidos sin repercusiones. Esa ha sido una suposición realista para países como Alemania, o aquellos con políticos clientes de Estados Unidos similares en el poder.

Pero lo que está sucediendo hoy en día tiene un carácter sistémico. En 1931 se declaró finalmente una moratoria sobre las deudas entre aliados y las reparaciones alemanas. Pero

eso fue dos años después del crac bursátil de 1929 y de las hiperinflaciones anteriores en Alemania y Francia. En la misma línea, en la década de 1980 se amortizaron las deudas de América Latina mediante los bonos Brady. En ambos casos, las finanzas internacionales fueron la clave del colapso político y militar general del sistema, porque la economía mundial se había financiarizado de forma autodestructiva. Algo similar parece inevitable hoy en día. Cualquier alternativa viable implica la creación de un nuevo sistema económico mundial.

La política interna de EE. UU. es igualmente inestable. El teatro político de «Estados Unidos primero» de Trump que le llevó a la presidencia puede hacer que su banda pierda el poder a medida que se reconozcan y sustituyan las contradicciones y consecuencias de su filosofía operativa. Su política arancelaria acelerará la inflación de precios en EE. UU. y, lo que es aún más fatal, provocará el caos en los mercados financieros estadounidenses y extranjeros. Las cadenas de suministro se verán interrumpidas, lo que afectará a las exportaciones estadounidenses de todo tipo de productos, desde aviones hasta tecnología de la información. Y otros países se verán obligados a hacer que sus economías dejen de depender de las exportaciones estadounidenses o del crédito en dólares.

Y tal vez, a largo plazo, esto no sea algo malo. El problema está en el corto plazo, ya que las cadenas de suministro, los patrones comerciales y la dependencia se reemplazan como parte del nuevo orden económico geopolítico que la política estadounidense está obligando a desarrollar a otros países.

Trump basa su intento de romper los vínculos existentes y la reciprocidad del comercio y las finanzas internacionales en la suposición de que, en un caótico saco de sorpresas, Estados Unidos saldrá victorioso. Esa confianza subyace en su voluntad de deshacerse de las interconexiones geopolíticas actuales. Piensa que la economía estadounidense es como un agujero negro cósmico, es decir, un centro de gravedad capaz de atraer hacia sí todo el dinero y el excedente económico del mundo. Ese es el objetivo explícito de America First. Eso es lo que convierte el programa de Trump en una declaración de guerra económica al resto del mundo. Ya no existe la promesa de que el orden económico patrocinado por la diplomacia estadounidense hará prósperos a otros países. Las ganancias del comercio y la inversión

extranjera deben enviarse y concentrarse en Estados Unidos.

El problema va más allá de Trump. Él simplemente está siguiendo lo que ya ha estado implícito en la política estadounidense desde 1945. La imagen que tiene Estados Unidos de sí mismo es que es la única economía del mundo que puede ser completamente autosuficiente económicamente. Produce su propia energía y también su propia comida, y suministra estas necesidades básicas a otros países o tiene la capacidad de cerrar el grifo.

Lo más importante es que Estados Unidos es la única economía sin las limitaciones financieras que afectan a otros países. La deuda de Estados Unidos está en su propia moneda, y no ha habido límite en su capacidad de gastar más allá de sus posibilidades inundando el mundo con dólares en exceso, que otros países aceptan como sus reservas monetarias como si el dólar siguiera siendo tan bueno como el oro. Y por debajo de todo esto está la suposición de que, casi con solo pulsar un interruptor, Estados Unidos puede llegar a ser tan autosuficiente industrialmente como lo fue en 1945. Estados Unidos es la Blanche DuBois del mundo en *Un tranvía llamado deseo* de Tennessee Williams, viviendo en el pasado sin envejecer bien.

La narrativa neoliberal egoísta del Imperio estadounidense

Para obtener la aquiescencia extranjera en la aceptación de un imperio y vivir en paz en él se requiere una narrativa tranquilizadora que describa al imperio como un motor de progreso para todos. El objetivo es distraer a otros países para que no se resistan a un sistema que en realidad es explotador. Primero Gran Bretaña y luego Estados Unidos promovieron la ideología del imperialismo de libre comercio después de que sus políticas mercantilistas y proteccionistas les dieran una ventaja de costes sobre otros países, convirtiendo a estos países en satélites comerciales y financieros.

Trump ha levantado este telón ideológico. En parte, esto se debe simplemente a que se reconoce que ya no puede mantenerse frente a la política exterior de EE. UU./OTAN y su guerra militar y económica contra Rusia y las sanciones contra el comercio con China, Rusia,

Irán y otros miembros del BRICS. Sería una locura que otros países no rechazaran este sistema, ahora que su narrativa empoderadora es falsa a la vista de todos.

La pregunta es: ¿cómo podrán ponerse en posición de crear un orden mundial alternativo? ¿Cuál es la trayectoria probable?

Países como México realmente no tienen otra opción que actuar por su cuenta. Canadá puede sucumbir, dejando caer su tipo de cambio y aumentando sus precios internos, ya que sus importaciones están denominadas en dólares de «moneda fuerte». Pero muchos países del Sur Global están en la misma situación de presión sobre la balanza de pagos que México. Y a menos que tengan élites clientelares como Argentina (cuya élite son ellos mismos los principales tenedores de bonos argentinos en dólares), sus líderes políticos tendrán que detener los pagos de la deuda o sufrir austeridad interna (deflación de la economía local) junto con la inflación de los precios de importación a medida que los tipos de cambio de sus monedas se hunden bajo las tensiones impuestas por un dólar estadounidense en alza. Tendrán que suspender el servicio de la deuda o ser destituidos de sus cargos.

No muchos políticos destacados tienen el margen de maniobra que tiene la alemana Annalena Baerbock para decir que su Partido Verde no tiene que escuchar lo que los votantes alemanes dicen que quieren. Las oligarquías del Sur Global pueden contar con el apoyo de Estados Unidos, pero Alemania es sin duda un caso atípico en cuanto a su disposición a cometer un suicidio económico por lealtad a la política exterior estadounidense sin límites.

Suspender el servicio de la deuda es menos destructivo que seguir sucumbiendo al orden de «Estados Unidos primero» de Trump. Lo que bloquea esa política (*policy*) es una cuestión política (*politics*), junto con el temor centrista de embarcarse en el importante cambio de política necesario para evitar la polarización económica y la austeridad.

Europa parece tener miedo de utilizar la opción de simplemente poner en evidencia a Trump, a pesar de que es una amenaza vacía que sería bloqueada por los propios intereses creados de Estados Unidos entre la clase alta. Trump ha declarado que si no se compromete a gastar

el 5 % de su PIB en armamento militar (en gran parte procedente de Estados Unidos) y a comprar más energía de gas natural licuado (GNL) estadounidense, impondrá aranceles del 20 % a los países que se resistan. Pero si los líderes europeos no se resisten, el euro caerá quizás un 10 o un 20 %. Los precios nacionales subirán y los presupuestos nacionales tendrán que recortar programas de gasto social, como el apoyo a las familias para que compren gas o electricidad más caros para calentar y dar energía a sus hogares.

Los líderes neoliberales de Estados Unidos acogen con satisfacción esta fase de guerra de clases de las demandas estadounidenses a los gobiernos extranjeros. La diplomacia estadounidense ha estado activa en paralizar el liderazgo político de los antiguos partidos laboristas y socialdemócratas en Europa y otros países de manera tan exhaustiva que ya no parece importar lo que quieran los votantes. Para eso está la *National Endowment Democracy* de Estados Unidos, junto con su propiedad y narrativa de los principales medios de comunicación. Pero lo que se está sacudiendo no es solo el dominio unipolar de Estados Unidos en Occidente y su esfera de influencia, sino la estructura mundial del comercio internacional y las relaciones financieras, e inevitablemente, también las relaciones y alianzas militares.

El regreso de Donald el Destructor

Melvin Goodman

Nuestra preocupación por la política, las políticas y la propaganda de Donald Trump subestima la cuestión central de su presidencia: ¿Está Donald Trump psicológicamente capacitado para ser presidente de los Estados Unidos? En el primer mandato de Trump, psiquiatras y psicólogos advirtieron de que nuestro peligroso y desordenado presidente era una amenaza para la seguridad nacional e internacional. El comportamiento errático de Trump como candidato en 2015-2016 y como presidente en 2017-2021 llevó al principio ético conocido como el «deber de advertir» del peligro que representaba.

El narcisismo maligno de Trump quedó bien establecido en su primer mandato, cuando afirmó que sabía más que nadie y que solo él podía solucionar nuestros problemas. La demonización de la prensa y de sus oponentes por parte de Trump, así como su trato a las minorías y su gestión de las cuestiones de inmigración, apuntaban a la paranoia. La separación de familias inmigrantes demostró la falta de empatía que acompaña al narcisismo. Su falta de control de los impulsos era especialmente preocupante en una era nuclear que no presenta controles y equilibrios reales sobre el papel de un comandante en jefe en relación con el uso de armas nucleares. Es la combinación de paranoia y control de impulsos lo más preocupante, porque puede conducir a actos destructivos.

Como resultado de su desempeño como presidente, Trump se enfrentó a un nivel inusual de críticas públicas por parte de sus propios nombramientos, entre ellos el jefe de gabinete John Kelly, el secretario de Estado Rex Tillerson, el asesor de seguridad nacional H. R. McMaster e incluso el director de inteligencia nacional Dan Coats. Las críticas de Tillerson, McMaster y Coats les costaron sus puestos de trabajo, y fueron reemplazados por leales en ese momento, como Mike Pompeo en el Departamento de Estado, John Bolton en el Consejo de Seguridad Nacional y John Ratcliffe como director de inteligencia nacional. La mayoría de sus nombramientos del primer mandato se negaron a apoyar sus esfuerzos para obtener un segundo mandato. Trump no se enfrentará a cuestiones de lealtad en su segundo mandato porque, sin excepción, sus actuales nombramientos le han mostrado fidelidad.

En su primer mandato, Trump declaró la guerra a la gobernanza, la inteligencia, la jurisprudencia, la diplomacia, la aplicación de la ley, el servicio público y la investigación de hechos, especialmente en la comunidad científica. Pero había «adultos en la sala» que eran capaces de desafiar e incluso moderar sus peores impulsos. Esta vez no habrá «adultos en la sala», ya que Trump ha nombrado a personas que también son impetuosas y autoritarias. La visión de «América primero» animó el primer y segundo discurso de investidura de Trump. Esta vez, Trump también ha afirmado que la intervención divina lo salvó de la bala de un asesino para que pudiera «hacer que Estados Unidos vuelva a ser grande».

Trump declaró que sería un dictador desde el primer día y fue fiel a su palabra. Además de

indultar a 1600 delincuentes de los disturbios del 6 de enero, Trump emitió una orden de inmigración inconstitucional que niega la ciudadanía por derecho de nacimiento, una violación de la 14ª enmienda de la Constitución que garantiza la ciudadanía a cualquier persona nacida en los Estados Unidos. Trump también restableció la orden de su primer mandato que creó una nueva clasificación para los funcionarios federales —el Anexo F— que pondría fin a las protecciones de la función pública y le permitiría eliminar a decenas de miles de personas de la nómina federal.

Los funcionarios de alto nivel del Departamento de Justicia y de la Agencia Central de Inteligencia son especialmente vulnerables. El primer día, Trump sustituyó a los líderes de tres de las fiscalías más importantes de Estados Unidos, además de destituir a funcionarios clave de las divisiones más importantes del Departamento de Justicia. Esto marcó el comienzo de la militarización del Departamento de Justicia. Estas medidas apuntan a la crisis democrática a la que se enfrenta la nación con un nuevo director de la Oficina Federal de Investigación (Kash Patel) con una lista de enemigos y una nueva directora de inteligencia nacional (Tulsi Gabbard) ansiosa por demostrar su lealtad a Donald Trump. Patel y Gabbard aún no han sido confirmados.

Mientras tanto, los nombramientos de Trump ya han dado pasos que van desde lo contraproducente hasta lo simplemente mezquino. El nuevo asesor de seguridad nacional, Michael Waltz, que no requiere confirmación del Congreso, ordenó que todos los empleados abandonaran la sala de crisis de la Casa Blanca antes del mediodía del 20 de enero, antes incluso de que Trump hubiera completado su juramento del cargo. La sala de crisis está ocupada por más de cien personas que no son nombramientos políticos. Muchos de ellos son cedidos por la comunidad de inteligencia para hacer frente a puntos sensibles de crisis internacionales. Como resultado de la orden de Waltz, no estarán en posición de informar al personal entrante. Presumiblemente, esta fue la forma en que Waltz demostró lealtad al nuevo presidente.

Un acto particularmente mezquino fue la eliminación del retrato del general Mark Milley del prestigioso pasillo del Pentágono, que cuenta con retratos de todos los exjefes del Estado

Mayor Conjunto. Esto se hizo solo unas horas después de que el expresidente Joe Biden indultara a Milley. Trump ha sugerido que Milley podría ser ejecutado por traición debido a su llamada a su homólogo chino para asegurarle que Estados Unidos estaba «100 % estable» tras la insurrección del 6 de enero. El Pentágono se niega a decir quién ordenó la retirada del retrato de Milley, lo que ha contribuido a los temores entre los generales y almirantes de alto rango de que pronto se producirá una reorganización masiva. Pete Hegseth, aún a la espera de confirmación (ahora ya confirmado, *nota del traductor*), ha declarado en numerosas ocasiones que hay demasiados generales y almirantes de cuatro estrellas y que nadie está por encima de la revisión. Al igual que Waltz y Patel, Hegseth estará ansioso por demostrar su lealtad a Trump.

El hecho de que el inquietante discurso inaugural de Trump se pronunciara en el día festivo en honor al Dr. Martin Luther King se suma a la ansiedad que muchos de nosotros sentimos. El estado de derecho no significa nada para Donald Trump, que parece decidido a romper tradiciones e instituciones de larga duración. La idea de Trump de ley y orden es perdonar a los insurrectos que amenazaron con matar al vicepresidente Mike Trump.

El hecho de que tenga seguidores leales a MAGA, un Partido Republicano que apoya todos sus movimientos y un Tribunal Supremo dócil apunta a la aparición de unos Estados Unidos de América mucho menos democráticos. Una de las preguntas básicas en el estudio de la historia es si los líderes individuales dan forma a la historia o si las fuerzas históricas dan forma a los líderes individuales. Creo que pronto obtendremos una respuesta a ese dilema, y no será tranquilizadora.

México en primera línea contra el nuevo imperialismo de Estados Unidos

Romaric Godin

Donald Trump amenaza con imponer aranceles del 25% a partir del 1 de febrero. Las economías de los dos países son muy interdependientes, pero la nueva administración de

Washington parece dar prioridad a su lógica de depredación.

Nada más tomar posesión de su cargo, Donald Trump apuntó a los dos principales socios comerciales de Estados Unidos, Canadá y México, amenazándoles con aranceles del 25% a partir del 1 de febrero si no «reducían» el flujo de migrantes y de fentanilo, un opiáceo destructivo, hacia Estados Unidos.

Vista desde México, la amenaza es motivo de preocupación. En los últimos diez años aproximadamente, el país ha experimentado un débil crecimiento. Su PIB per cápita, en paridad de poder adquisitivo y en dólares constantes, era menor en 2023 que en 2018, según el Banco Mundial. Pero desde hace dos años, un rayo de esperanza ilumina a sus dirigentes: el desarrollo de las exportaciones a Estados Unidos.

El año 2023 fue simbólico de este desarrollo: México destronó a China como primer socio comercial de bienes de Estados Unidos. Con 475.000 millones de dólares, los envíos mexicanos a su vecino del norte se han disparado más de un 25% (o 119.000 millones de dólares) desde 2019. Al mismo tiempo, los envíos de China han caído un 10,9% en el mismo período.

En 2024, la tendencia sigue siendo la misma. En los once primeros meses del año, las importaciones de bienes mexicanos sumaron 467.000 millones de dólares, un 8% más que en el mismo periodo de 2023. En 2023, México representaba el 16% de las importaciones estadounidenses, pero a cambio, las exportaciones a Estados Unidos representan el 80% del total mexicano.

La economía mexicana es, por tanto, muy dependiente de su vecino. Desde hace tres años, los anuncios de nuevas fábricas salpican la vida económica de México, reforzando un fenómeno que tiene tres fuentes. La primera es el establecimiento del Acuerdo Canadá-Estados Unidos-México (Aceum) por parte de la anterior administración Trump el 1 de julio de 2020. Este nuevo tratado reforzó la integración de las tres economías, en particular al supeditar la ausencia de aranceles para los automóviles a un mínimo del 75% de

componentes norteamericanos.

La segunda fuente de dependencia de México es la crisis sanitaria, que ha hecho tomar conciencia a muchas empresas estadounidenses de la importancia de disponer de centros de producción cerca de los lugares de consumo. Esta tendencia se ha visto reforzada por un tercer factor, la guerra comercial con China, iniciada en 2018 por Donald Trump y continuada por Joe Biden, que ha fomentado la inversión en regiones consideradas más seguras. Este fenómeno se conoce como *nearshoring* .

Todos estos factores han convertido a México en un proveedor lógico para Estados Unidos, por su cercanía, su integración en el mercado norteamericano y sus bajos costes laborales. México no ha ocupado directamente el lugar de China, como a menudo se cree. Por el contrario, las estrategias para evitar las sanciones contra China han consistido en establecer operaciones en el sudeste asiático, y la inversión china en México es muy pequeña (0,8% del total en 2024).

La producción mexicana refleja una dinámica propia, en particular la especialización en automóviles y piezas de automóviles (20% de las ventas mexicanas a Estados Unidos en 2022), máquinas-herramienta y determinados productos electrónicos como ordenadores (en total, 40% de las ventas). Así pues, México ha ido progresivamente ascendiendo en el mercado, pero con un fuerte sentido de la dependencia y sobre la base de la inversión extranjera. Así pues, el valor producido en México es captado en gran medida por grupos extranjeros, principalmente estadounidenses (que poseen el 40% del stock de inversión) y europeos, sobre todo españoles y alemanes (20% del stock).

El efecto ambivalente de los derechos de aduana

Partiendo de esta interdependencia, hay que analizar los efectos del aumento de los derechos de aduana al 25%. En una visión simplista, podríamos pensar que la producción mexicana se volvería inmediatamente demasiado cara, incitando a los grupos a deslocalizar sus actividades hacia Estados Unidos. Pero las cosas son más complicadas.

El proteccionismo sólo reduce las importaciones en determinadas condiciones y a un determinado coste. El giro proteccionista dado por Estados Unidos durante el primer mandato de Donald Trump, por ejemplo, no ha conducido a una reindustrialización masiva del país, ni siquiera a la deslocalización de la producción china gravada.

Esto se debe a que, inicialmente, el aumento de los derechos de aduana provoca una subida de los precios, cuyo objetivo es mantener los márgenes de beneficio. Cuando este aumento resulta insostenible para la demanda, puede plantearse un cambio en el origen de la producción, pero esto no significa automáticamente la relocalización hacia el país que grava los productos.

Esto implica un cálculo complejo que tiene en cuenta muchos factores, entre ellos la magnitud de las inversiones en los centros de producción y las diferencias en los costes laborales. Por no hablar del estado de las cadenas de suministro y de la competitividad no relacionada con los costes de los nuevos centros de producción (infraestructuras, calidad de la mano de obra, fiscalidad).

Desde 2018, una gran parte de la producción final destinada a Estados Unidos se ha trasladado a países del sudeste asiático, pero estos centros siguen siendo propiedad de grupos chinos y dependen en gran medida de los suministros chinos. En otras palabras, esto permite eludir los derechos de aduana, preservando al mismo tiempo la mayor parte de la cadena de producción.

La situación podría ser similar para México. El país es un eslabón esencial en la cadena de suministro de la automoción o la electrónica para los grupos estadounidenses. Su fuerza reside en que se beneficia de numerosos acuerdos de libre comercio, lo que lo convierte en un nodo ideal para las cadenas logísticas hacia Estados Unidos. La magnitud del stock de inversión estadounidense, cercano a los 300.000 millones de dólares, sugiere que la producción mexicana no será abandonada, sino integrada en un nuevo esquema en el que México seguirá siendo central.

Es concebible que parte de la producción mexicana se utilice para abastecer a plantas de ensamblaje en países menos afectados por los aranceles estadounidenses. No sabemos si los aumentos de los derechos de aduana se generalizarán, lo que podría llevar a trasladar parte de la producción mexicana a Asia, o incluso a China. En cuanto a la deslocalización a Estados Unidos, sería necesariamente parcial y estaría limitada en gran medida por la cuestión de los costes laborales.

El salario medio de la industria manufacturera en Estados Unidos es de 30,98 dólares por hora, según la Oficina de Trabajo estadounidense. En comparación, los salarios mexicanos siguen siendo extremadamente bajos, entre 4,5 y 5 dólares la hora. Así que no es seguro que unos aranceles del 25% basten para animar a dejar de producir en México. Tanto más cuanto que los aranceles deberían reducir el valor del peso mexicano, lo que compensaría su efecto sobre los precios.

En caso de relocalización, los grupos no sólo tendrían que soportar un fuerte aumento de los costes de producción, sino que también verían depreciarse sus inversiones mexicanas. Por supuesto, Donald Trump dice ofrecer energía abundante y barata a los fabricantes, mientras que esto es una debilidad para México. Pero su política migratoria presionará al alza los salarios. La única solución, entonces, sería que la administración estadounidense apoye estas deslocalizaciones con ayudas masivas permanentes y ejerza una presión a la baja sobre los salarios. Contrariamente a la creencia popular, el proteccionismo suele ir acompañado de represión social.

¿Un objetivo político?

La relación de interdependencia entre México y Estados Unidos es estrecha y sin precedentes. Por supuesto, México se verá debilitado por los aranceles, porque las nuevas inversiones serán inevitablemente más débiles y parte de la producción se verá sometida a presión. Pero no es seguro que Estados Unidos tenga mucho que ganar con ello, dada la presión que se ejercerá sobre los márgenes de los fabricantes.

México también podría tomar conciencia de su altísima dependencia de Estados Unidos y del considerable coste que supone para su desarrollo. Esto supondría, sin duda, un cambio total de perspectiva para la clase política mexicana, incluida la de izquierdas, que ha confiado masivamente en esta interdependencia. En el contexto de la competencia entre las grandes potencias, las instalaciones productivas de México también podrían interesar a otros inversores, entre ellos China. Ver llegar a la República Popular a las puertas del Río Grande sería, cuando menos, un efecto irónico del trumpismo….

La guerra comercial con México que pretende iniciar el nuevo presidente es, por tanto, altamente arriesgada. Mientras pretende continuar su pulso con Pekín, parece decidido a sabotear su relación con un país geográficamente cercano y que siempre ha buscado mantener buenas relaciones con Estados Unidos, especialmente desde 2018. Una hipótesis sería que la amenaza de aranceles le permitiría sobre todo obtener concesiones políticas. Reflejarían entonces la nueva lógica imperialista de Estados Unidos, que no conoce aliados sino vasallos supeditados a sus propios intereses.

La Presidenta de México, Claudia Sheinbaum, ha señalado que está dispuesta al diálogo, pero «no a la sumisión». Ya en noviembre, habló de medidas comerciales de represalia. En 2018, el entonces presidente mexicano, Rafael Peña Nieto, se enzarzó en un tira y afloja con Donald Trump por los aranceles antes de que su sucesor, Andrés Manuel López Obrador, negociara con Washington. Las conversaciones desembocaron en el acuerdo de Aceum. Pero ahora la situación es muy distinta. El Donald Trump de 2025 rechaza el acuerdo negociado por el Donald Trump de 2017.

Queda el problema de saber cuáles son los objetivos de la Casa Blanca, cuando el Gobierno mexicano ya ha reducido considerablemente los cruces ilegales de la frontera, ha detenido en gran medida las caravanas de migrantes e incluso ha aumentado las incautaciones de fentanilo en los últimos meses.

¿Quiere Washington intervenir directamente contra los cárteles, declarados grupos terroristas extranjeros en uno de los primeros decretos de Donald Trump, en territorio

mexicano? De ser así, México tendría que abdicar de su soberanía, lo que, una vez más, refleja las nuevas formas de hegemonía estadounidense que consideran el continente norteamericano como su territorio. Esto dará lugar, sin duda, a nuevas exigencias, incluidas las económicas. Pero es probable que sea políticamente inaceptable para Claudia Sheinbaum.

La ofensiva contra México prueba el sentido de omnipotencia de Donald Trump, resumido por el representante republicano Andy Ogles quien, al presentar un proyecto de ley que autoriza al presidente a negociar la compra de Groenlandia, proclamó: «Somos francamente el depredador dominante.» La dependencia de México lo convierte en presa fácil, y las amenazas de represalias de Claudia Sheinbaum no se toman en serio. Ésta es también la consecuencia de la visión neocolonial de la nueva administración: este sentimiento de superioridad hace que ignore o subestime el impacto que tendría para Estados Unidos una guerra comercial con México.

Este primer episodio de diplomacia arancelaria marca la pauta de la nueva presidencia de Trump: ya no hay aliados para Estados Unidos, sólo víctimas. En primera línea, el Gobierno mexicano tiene que elegir ahora entre la sumisión pura y dura o el abandono de su política de dependencia del vecino del norte. En cualquiera de los dos casos, el proceso será doloroso y con mucho riesgo.

El Picnic de los oligarcas: qué hay en el menú cuando los oligarcas de Trump negocian con los oligarcas de Putin

John Helmer

Si hoy te adentras en el bosque, te espera una gran sorpresa

Si hoy te adentras en el bosque, será mejor que vayas disfrazado

Porque todos los oligarcas que ha habido

Se reunirán allí con seguridad porque

Hoy es el día en que los oligarcas hacen su picnic.

Todos los oligarcas que se han portado bien están seguros de que hoy habrá un regalo

Hay muchas cosas maravillosas para comer y juegos maravillosos para jugar

Debajo de los árboles donde nadie ve

Jugarán al escondite todo el tiempo que quieran

Así es como los oligarcas hacen su picnic.

No hay mucha diferencia, políticamente hablando, entre los ositos de peluche de la vieja canción, los oligarcas que creen que acaban de poner a Donald Trump en el poder y los oligarcas que creen que han mantenido a Vladimir Putin en el poder desde 1999. Todos quieren lo mismo: «un capricho hoy, cosas maravillosas para comer y juegos maravillosos para jugar».

En una palabra, dinero en tramos de miles de millones de dólares. Y como creen esto, le han dicho a Trump y a Putin que una vez que lleguen al picnic que han planeado en el campo de batalla de Ucrania, estarán obligados a ponerse de acuerdo sobre lo que quieren hacer juntos.

Por supuesto, será en secreto, «bajo los árboles donde nadie ve».

Entre 1911 y 1915, durante la Primera Guerra Mundial, Robert Michels, un sociólogo

italiano, explicó que esto era algo muy común. No solo describió la inevitabilidad de que los oligarcas llegaran a dominar los gobiernos y las organizaciones de la oposición en ambos bandos de esa guerra; esto lo llamó la «ley de hierro de la oligarquía». También informó de que la propia guerra aceleraría el proceso por el cual esta dominación oligárquica en ambos bandos dictaría el resultado para satisfacer los intereses comunes de ambos.

«Nunca es mayor el poder del Estado», escribió Michels, «y nunca son menos efectivas las fuerzas de los partidos políticos de la oposición que al estallar la guerra. Esta deplorable guerra, que llega como una tormenta en la noche, cuando todos, cansados de las labores del día, se sumían en un merecido sueño, hace estragos en todo el mundo con una violencia sin precedentes, y con tal falta de respeto por la vida humana y de consideración por las creaciones eternas del arte que pone en peligro los propios pilares de una civilización que data de hace más de mil años». (Para más información sobre la ley de hierro de Michels de la oligarquía aplicada a Rusia, lea esto.)

Hoy estamos más o menos en el mismo punto, pero los oligarcas piensan en términos comerciales, no sociales o éticos. Para los oligarcas, el punto en ambos lados es que la guerra de sanciones de los últimos tres años ha creado la mayor brecha entre el valor real de los activos y el valor comercial que existe en el mercado global hoy en día: esta es la brecha entre el valor rentable anterior a la guerra de los productos básicos, recursos y activos corporativos rusos y su precio descontado bajo las sanciones. Para los oligarcas de ambos bandos, la cuestión es cómo ganar dinero cerrando esta brecha a través de las negociaciones de fin de guerra.

Se pidió a un puñado de fuentes rusas lo suficientemente cercanas a los oligarcas rusos que predijeran cuáles serán los términos de fin de guerra que los oligarcas rusos y estadounidenses presionarán a sus presidentes para que acepten. Estos son los términos que predicen.

· *Petróleo y gas*. Los rusos creen que es poco probable que se llegue a un acuerdo para relajar las sanciones actuales porque los oligarcas estadounidenses han convencido a Trump

de que utilice las sanciones para aumentar el precio, la rentabilidad y la cuota de mercado internacional del petróleo y el gas estadounidenses. La última amenaza de Trump es la prueba. «Voy a hacerle un gran FAVOR a Rusia, cuya economía está fallando, y al presidente Putin», declaró Trump el 22 de enero. «¡Lleguen a un acuerdo ahora y DETENGAN esta guerra ridícula! SOLO VA A EMPEORAR. Si no llegamos a un «acuerdo», y pronto, no tendré más remedio que imponer altos niveles de impuestos, aranceles y sanciones a todo lo que Rusia venda a Estados Unidos y a otros países participantes». Una fuente rusa cree que la última frase de Trump significa que se dirigirá a los principales beneficiarios del actual comercio con descuento de petróleo y gas rusos: China e India. Las fuentes rusas creen que el objetivo de Trump será evitar que el precio del petróleo suba por encima de los 80 dólares por barril o caiga por debajo de los 60 dólares. «Esto será contraproducente», añade una fuente de la industria petrolera. «[El primer ministro Narendra] Modi pretende convertir a la India en una superpotencia petrolera. La guerra de sanciones de EE. UU. le está ayudando a conseguirlo. Trump no tendrá forma de impedirlo».

· *Aviones Boeing*. En los últimos cinco años, Boeing Corporation ha perdido casi la mitad de su capitalización bursátil. La seguridad, la gestión, la logística y otros factores también han hecho que la empresa pierda cuota de mercado internacional en el sector aeronáutico y han llevado a especular con una división de activos.

Una fuente rusa cree que una relajación de las sanciones sobre la operación rusa de su flota aérea de Boeing sería el tipo de rescate que Boeing necesita. Es comparable, recuerda la fuente, al intento de salvar a General Motors en bancarrota vendiendo su división Opel al grupo Russian Machines de Oleg Deripaska, un acuerdo que Hillary Clinton detuvo en 2009.

· *Bienes inmuebles*. Los oligarcas rusos como Roman Abramovich y Oleg Deripaska poseen propiedades inmobiliarias palaciegas en Estados Unidos, en Manhattan, Washington D. C., así como en zonas turísticas de Colorado y Florida. Se cree que el tipo de acuerdo que favorecen Trump y su familia es relajar las sanciones para permitir que estas personas recuperen el acceso a sus propiedades en Estados Unidos o que puedan vender sus bienes inmuebles a cambio de dinero convertible. La posibilidad de que tal conversión genere un

gran margen de beneficio para los compradores relacionados con Trump es un soborno legal.

· *Redolarización*. En su discurso de campaña ante el Club Económico de Nueva York el pasado mes de septiembre, Trump argumentó que la guerra de sanciones era mala para el dólar estadounidense porque «en última instancia, acabará con el dólar y con todo lo que representa. Tenemos que seguir teniendo esa moneda como moneda mundial… Creo que si perdemos el dólar como moneda mundial, sería el equivalente a perder una guerra. Eso nos convertiría en un país del tercer mundo… estás perdiendo a Irán; estás perdiendo a Rusia. China está ahí fuera tratando de que su moneda sea la dominante… quiero utilizar las sanciones lo menos posible». Por lo tanto, fuentes rusas esperan una relajación de la exclusión de Rusia del sistema de pagos SWIFT y otras medidas para aumentar la influencia del Banco Central Ruso y de su gobernadora, Elvira Nabiullina, en la toma de decisiones del Kremlin.

· *Cielos libres*. El sobrevuelo de Rusia y otras limitaciones de rutas aéreas fueron en gran medida autoimpuestas por las aerolíneas estadounidenses, europeas y de los estados aliados, lo que provocó represalias por parte de Rosaviatsiya, la Agencia Federal de Transporte Aéreo. El efecto ha sido la presión de los costes sobre las aerolíneas occidentales y la pérdida de cuota de mercado. Es probable que Trump se atribuya el mérito de la apertura de los cielos al levantar las restricciones estadounidenses y presionar a la Unión Europea para que haga lo mismo.

· *El centro de operaciones de Dubái, el cierre de Chipre*. La Administración Biden forzó el cierre de las estructuras de evasión fiscal de los oligarcas rusos en Chipre, y provocó su reubicación en los Emiratos Árabes Unidos (EAU), en particular en Dubái. Una fuente reconoce: «utilizan el sistema SWIFT y todo lo que hacen es totalmente transparente para los estadounidenses. Las tres últimas listas de sanciones incluyen tantas entidades de los EAU que cabe esperar que compartan toda la información sobre flujos financieros que exigen los estadounidenses. Sin embargo, a diferencia de los chipriotas, los emiratíes no están atacando a los rusos. Chipre ha sido diferente en varios aspectos. Los chipriotas blanquearon dinero activamente para los oligarcas a través de precios de transferencia y otros esquemas

durante 25 años. Han sido el principal centro offshore para la salida de capital ruso sin ningún servicio real para el comercio. Por el contrario, Dubái presta servicios comerciales y es más que un centro extraterritorial para la transferencia de capital, es mucho más. Los chipriotas vendían pasaportes a los oligarcas y se embolsaban mucho dinero. Los EAU no han hecho eso. Bajo la presión de EE. UU., los chipriotas vendieron a todos sus rusos y se convirtieron en uno de los estados más desagradables de la UE en su actitud antirrusa. Trump puede presionar a Dubái para que haga lo mismo, pero no tendrá éxito. Los EAU mantendrán su papel: están sustituyendo a Chipre, Londres e incluso Amberes en el comercio de diamantes. Esto se debe a que son el centro perfecto para que los rusos inviertan en sus sistemas de transporte marítimo, seguros y liquidación comercial con India y China.

¿Cómo pagarán los osos su picnic?

Con memecoins y criptomonedas, añade una fuente de Moscú. “Creo que Trump será muy amable con los emiratíes y también con los saudíes”. Personas como Justin Sun (es el cerebro y el operador detrás de los planes de criptomonedas de Donald y Melania Trump) y Pavel Durov de Telegram protegen el núcleo de sus negocios en los EAU, y esos son negocios de los que Trump y su familia ya se están beneficiando. Es donde eventualmente pueden acumular su riqueza. Los oligarcas de Trump y los oligarcas de Putin también.

Canadá contra Trump en materia de comercio: el tipo del «arte del trato» nos la está jugando

Comentarios sobre el comercio, los aranceles y la dependencia entre EE. UU. y Canadá

Critic of Political Economy

Con el regreso de Donald Trump, parece como si nos hubieran enviado de vuelta a 2016, cuando los aliados de EE. UU. corrian como pollos sin cabeza. No es tanto que Trump sea un genio, a pesar de ser un político hábil, sino que el inmenso poder de la presidencia le permite

intimidar a otros estados con poca o ninguna estrategia. Yo no diría que no tiene ningún as bajo la manga, ya que siempre he visto que Trump sigue un patrón bastante claro. Consiste en 1) hacer una petición ridícula a la gente, 2) seguir presionando para causar pánico y 3) usar esa presión para conseguir concesiones. No sé si esto es algo de lo que Trump habla en *The Art of the Deal*, pero no me extrañaría. Como presidente, funciona.

La coherencia lógica, por supuesto, no importa. Los liberales piensan que señalar que Trump es un mentiroso es algo propio, lo cual es gracioso teniendo en cuenta que todos los presidentes de EE. UU. tienen un doctorado en mentir y engañar. Eso es parte del trabajo. No importa que Trump fuera quien quiso prohibir TikTok, o que fuera quien renegoció recientemente el TLCAN pero ahora diga que el comercio entre los países sigue siendo injusto. Esto es solo una maniobra política.

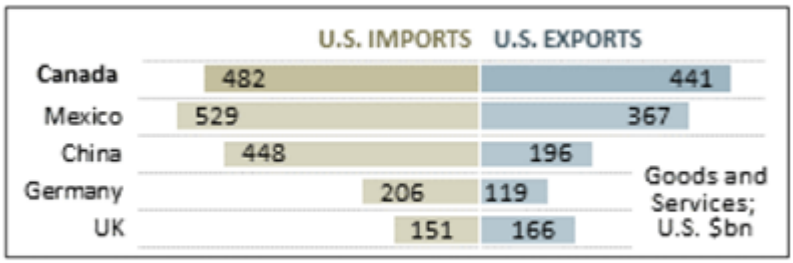
En este sentido, quería destacar brevemente algunos datos sobre el comercio entre Canadá y EE. UU. Cualquiera que no esté viviendo en una cueva sabe que Trump amenaza a sus dos mayores socios comerciales, Canadá y México, con un 25 % de aranceles a partir del 1 de febrero. Por lo tanto, pensé que sería interesante destacar un poco el contenido del comercio entre EE. UU. y Canadá para que la gente tenga más contexto.

No hace falta decir que el comercio entre Estados Unidos y Canadá es una fuente fundamental de actividad económica para ambos estados:

“Estados Unidos y Canadá tienen una de las relaciones comerciales bilaterales más importantes del mundo, que incluye mercados energéticos y automovilísticos altamente integrados” (Kitamura, p. 1).

El gran volumen de comercio no puede ser subestimado. Canadá exportó el 77 % de sus bienes e importó la mitad de los EE. UU. en 2023. En lo que respecta a la inversión extranjera directa, los EE. UU. son la mayor fuente de capital en Canadá, con alrededor de 455 000 billones de dólares, y Canadá es la tercera mayor fuente de IED en los Estados Unidos, con 671 700 billones.

Figure 1. Top U.S. Trade Partners (2023)



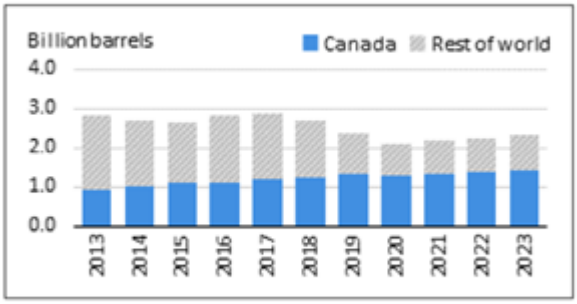
Source: CRS, with U.S. Bureau of Economic Analysis data, December 2024.

El artículo de mayor valor, y uno que tiene implicaciones importantes para una guerra comercial, es el comercio de petróleo crudo. Canadá es el mayor proveedor de importaciones energéticas de EE. UU., incluyendo «petróleo crudo, gas natural y electricidad». (Kitamura, p. 1)

De hecho, EE. UU. y Canadá solo se han vuelto *más interdependientes* en los últimos años en lo que respecta al petróleo:

“La participación de Canadá en las importaciones de petróleo crudo de EE. UU. en cantidad aumentó del 33 % (924 millones de barriles) en 2013 al 60 % (1400 millones de barriles) en 2023” (Kitamura, p. 1).

Figure 2. U.S. Crude Oil Imports 2013-2023



Source: CRS, with U.S. Census Bureau data, as presented by Trade Data Monitor, accessed January 2025.

Si desglosamos aún más el comercio, nos hacemos una idea de cómo se obtienen varios insumos clave de Canadá. Estados Unidos importa el 27 % de su uranio, el 70 % de su aluminio en bruto, casi el 90 % de su potasa y, por supuesto, alrededor del 60 % de sus importaciones de petróleo crudo de Canadá (véase Trew 2025).

La relación ha estado sujeta a varios acuerdos comerciales diferentes, el más reciente de los cuales se negoció bajo la administración Trump.

“Durante los últimos 35 años, las relaciones comerciales entre EE. UU. y Canadá se han regido primero por el Tratado de Libre Comercio entre EE. UU. y Canadá de 1989, luego por el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) de 1994 y ahora por el Tratado entre México, Estados Unidos y Canadá (T-MEC) de 2020” (Kitamura, p. 1).

El USMCA cubre varias áreas de importancia para los tres estados, incluyendo vehículos de motor, productos lácteos, DPI, energía, trabajo y medio ambiente y adquisiciones gubernamentales en general.

Table 1. Select USMCA Changes to NAFTA

Sector	USMCA	NAFTA
Autos	75% ROO; 70% steel and aluminum requirement; steel must be melted and poured in region; wage requirement.	62.5% ROO; no wage requirement; no steel and aluminum requirement.
IPR Protection	Biologics: No commitments for regulatory exclusivity in amended text. Copyright: 70 years.	Biologics: No commitments. Copyright: 50 years.
Government Procurement	U.S.-MEX only; U.S.-CAN to use WTO GPA.	Trilateral commitments.
Digital Trade	Protection of cross-border data flows and source code; restricts data localization.	No commitments.
Investor-State Dispute Settlement	Applicable only to certain U.S.-MEX disputes.	Trilateral commitments.

Source: CRS from USMCA Agreement.

Algunos de los cambios más importantes incluyeron el aumento de las «normas de origen» para incrementar el número de componentes fabricados en Norteamérica. Además, se concedió a EE. UU. un mayor acceso a los mercados lácteos canadienses, ya que estos mercados están estrictamente controlados por el «sistema de gestión de la oferta» de Canadá.

Hay mucho más que discutir potencialmente, pero quiero pensar un poco en una posible situación arancelaria. Como destaca Stuart Trew del *Canadian Center for Policy Alternatives*, la situación crearía precariedad económica para ambos países. En particular, Canadá tiende a tener precios más altos de los alimentos, y estos aranceles solo empeorarían las cosas.

Pero, ¿es todo un farol? *¿De verdad* Trump va a poner un arancel a cosas como el petróleo, lo que sabemos que cabrearía a muchos estadounidenses? Subir los precios del petróleo es la forma que tienen los estadounidenses de decir «este presidente la ha cagado». Así que, en

muchos sentidos, es poco probable. Si Canadá tomara represalias con algo como aranceles e impuestos a la exportación, podría afectar mucho a las empresas. Como señala Trew, las empresas estadounidenses necesitan insumos canadienses:

“La demanda estadounidense de estas exportaciones canadienses clave es inelástica, lo que significa que es poco probable que la demanda cambie mucho incluso con las fluctuaciones de precios. Por lo tanto, es poco probable que un impuesto a la exportación afecte el flujo del comercio canadiense hacia Estados Unidos, pero aumentaría los costos para los compradores estadounidenses, incluidas las refinerías de petróleo crudo, las centrales nucleares, la agricultura, las industrias derivadas que dependen del gas natural (por ejemplo, productos químicos) y los fabricantes estadounidenses que dependen del aluminio canadiense”.

Por lo tanto, dado que no hay ninguna posibilidad de que se produzca un cambio importante en la demanda, y no existen otras fuentes razonables de estos valores de uso, Canadá podría, en teoría, aplicar medidas para obtener más ingresos en este caso.

¿Qué va a pasar ahora? Supongo que, al igual que con Trump, se negociará algo después de más amenazas y alguna acción. Pero no tengo ni idea, no soy un experto en comercio. Lo único que sé es que la posibilidad de que Estados Unidos se «desvinculen» de Canadá es nula, y que lo que va a pasar es otra ronda de renegociación de los términos de comercio entre los estados.

Obras citadas

Kitamura, Kyla H. «U.S.-Canada Trade Relations». *Congressional Research Service*, 14 de enero de 2025. https://crsreports.congress.gov/product/pdf/IF/IF12595.

Villarreal, M Angeles, Kyla H Kitamura y Danielle M Trachtenberg. «U.S.-Mexico-Canada (USMCA) Trade Agreement». Servicio de Investigación del Congreso, 6 de diciembre de 2024. https://crsreports.congress.gov/product/pdf/IF/IF10997.

Trew, Stuart. «Para responder a los aranceles de EE. UU., Canadá debería golpear a Trump

donde más le duele». *CCPA (*blog), 17 de enero de 2025. https://www.policyalternatives.ca/news-research/to-respond-to-u-s-tariffs-canada-should-hit-trump-where-it-hurts/.

Michael Hudson, es un economista estadounidense, profesor de Ciencias Económicas en la Universidad de Missouri-Kansas City e investigador en el Levy Economics Institute del Bard College, además de exanalista de Wall Street, consultor político, comentarista y periodista. Es colaborador de The Hudson Report, un podcast semanal de noticias económicas y financieras producido por Left Out. Autor de varios libros, su nuevo libro, The Destiny of Civilization, será publicado por CounterPunch Books el próximo mes.

Melvin A. Goodman, es miembro sénior del Center for International Policy y profesor de Gobierno en la Universidad Johns Hopkins. Exanalista de la CIA, Goodman es autor de Failure of Intelligence: The Decline and Fall of the CIA y National Insecurity: The Cost of American Militarism. y A Whistleblower at the CIA. Sus libros más recientes son American Carnage: Las guerras de Donald Trump (Opus Publishing, 2019) y Contener el Estado de Seguridad Nacional (Opus Publishing, 2021). Goodman es columnista de seguridad nacional para counterpunch.org.

Romaric Godin, periodista desde 2000. Se incorporó a La Tribune en 2002 en su página web, luego en el departamento de mercados. Corresponsal en Alemania desde Frankfurt entre 2008 y 2011, fue redactor jefe adjunto del departamento de macroeconomía a cargo de Europa hasta 2017. Se incorporó a Mediapart en mayo de 2017, donde sigue la macroeconomía, en particular la francesa. Ha publicado, entre otros, La monnaie pourra-t-elle changer le monde Vers une économie écologique et solidaire, 10/18, 2022 y La guerre sociale en France. Aux sources économiques de la démocratie autoritaire, La Découverte, 2019

John Helmer, periodista nacido en Australia y corresponsal en el extranjero afincado en Moscú (Rusia) desde 1989

Critic of Political Economy, es un blog de Economia Política de un investigador interesado en el Estado, la política de clases, la política pública, la política internacional, el trabajo y la moneda.

Fuente: https://sinpermiso.info/textos/la-era-trump-dossier

Foto tomada de: https://sinpermiso.info/textos/la-era-trump-dossier